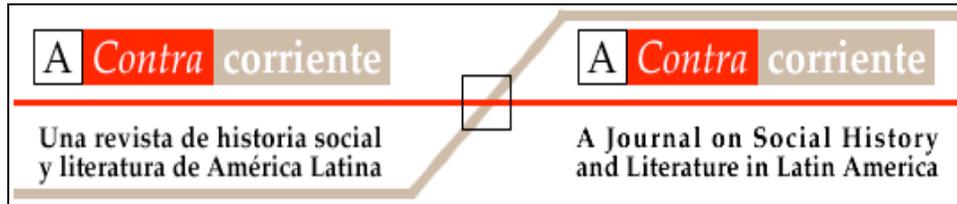


Note/Nota



Vol. 5, No. 3, Spring 2008, 185-196

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Visión de la historia de José Martí: fundamentos y proyectos¹

Fernando Martínez Heredia

Instituto Cubano de Investigaciones Culturales “Juan Marinello”

Tercer Libro: Esencia de la Historia: el Alma de la Historia. Cuanto enseña la vida de los pueblos. Estudio paralelo; y luego que todo esté visible y corpóreo como un mapa, ante los ojos, deducir la real significación del progreso, prever y entrever el mundo futuro en la organización terrenal, y el destino final de nuestro espíritu.

—José Martí²

I.

Dado el tiempo disponible, no abordaré cuestiones generales del tema. Me limitaré a comentar algunos problemas que me parecen más

¹ Conferencia en el Coloquio *El Caribe que nos une*, convocado por la Casa del Caribe, Santiago de Cuba, 3 al 7 de julio de 2003.

² Notas. De un proyecto de obra que se titularía *El concepto de la vida*, en tres libros; el de la historia sería el tercero.

relevantes en este caso, tanto en la concepción de Martí como en el proceso histórico cubano, y a añadir mis opiniones.³

La condición colonizada de Cuba implicaba la no existencia de una historia propia, porque se formaba parte de la historia del colonizador. Pero en el siglo XIX confluyeron en la isla tres procesos: la cristalización de la lenta acumulación de especificidades que suele estar en la base de una nacionalidad; el despliegue de una nueva formación económica sumamente dinámica e integrada al mercado mundial capitalista, que multiplicó la población y la riqueza del país; y una gama de sentimientos e intereses diversos que propendían a configurar identidades y reclamar autonomía frente a la metrópoli. Sin embargo, la esclavitud masiva como base principal del sistema de explotación del trabajo y producción para la exportación envileció la vida social de Cuba y castró la política de la clase criolla que era dominante en la economía. A lo largo del siglo, esa clase mantuvo su complicidad con el colonialismo y prohijó el racismo antinegro; asumió ambas posiciones en aras de su lucro y de su dominio. Por fin una corriente política diferente, el independentismo, logró pasar a la acción y produjo un evento trascendental que, aunque no abarcó toda la isla, fue decisivo para el logro de una identidad cubana y el nacimiento del nacionalismo: la Revolución de 1868-1878.

Martí recibió sus primeras experiencias políticas bajo el impacto de aquella revolución, desde su condición de adolescente pobre, blanco, habanero y estudiante. A los dieciséis años comenzó su experiencia tan traumática de estar preso durante once meses, la mitad de ellos sometido a trabajos forzados que le dejaron secuelas permanentes. La vida de obligado alejamiento de Cuba y la formación intelectual que tuvo aumentaron la autonomía de su pensamiento respecto a las condiciones existentes en su país natal; sus profundos estudios y la comprensión que alcanzó de la cultura occidental “moderna” acentuaban esa posibilidad. ¿Por qué Martí no se convirtió en un intelectual del tipo de los que tienen perspectiva y significación cosmopolitas desde una de las lenguas desarrolladas de

³ Los estudios martianos tienen una larga historia, y en su fase contemporánea registran avances extraordinarios. Los he tenido muy en cuenta y me son muy valiosos, aunque tuve que decidir no dialogar con ellos en esta presentación.

Occidente, intelectuales cuya significación y aportes son más bien de contenido y consumo general? Desde muy joven era portador de ideales de libertad y justicia que eran propios de órdenes sociales más avanzados que el de la colonia cubana, mientras que en ella naufragaban—en la segunda mitad de los años setenta—los esfuerzos revolucionarios, y en la década siguiente se producían reformulaciones políticas y económicas, tendientes a conservar la dominación social y la condición colonial.

Lo decisivo fue la vocación de Martí de dedicarse a la política práctica cubana, y su tenacidad y perseverancia en ese empeño. Sin embargo, sus ideales tan avanzados podían llevarlo, dada la coyuntura de su tierra natal, a tensiones y contradicciones con las fórmulas políticas que se elaboraban para ella, desde la asimilación a la metrópoli como “provincia de ultramar” con derechos muy restringidos o el liberalismo autonomista, hasta el plan revolucionario de Máximo Gómez y Antonio Maceo de 1884. Pero la posición de Martí—la que le aportó su brújula y decidió su camino y su vida—fue la de predicar y organizar los instrumentos para una insurrección popular muy amplia que fuera capaz de liberar a Cuba del colonialismo español a la vez que transformaba al pueblo y a la política, y que lograra la soberanía nacional completa frente a Estados Unidos, en una república democrática que emprendiera cambios muy profundos de justicia social.

Martí no intentó llevar a Cuba a “alcanzar los niveles más altos de civilización”, tomando como modelo a naciones de Europa o a Estados Unidos: su proyecto y las vías asumidas para alcanzarlo eran muy diferentes a las ideas y las prácticas de tantos movimientos y personalidades de Cuba y América de aquella época. La cuestión es a la vez muy rica y muy compleja, por ser Martí un caso excepcional de combinación de vocación y dedicación a la política práctica, a las letras y a la producción de pensamiento; en esos tres terrenos es ostensible la extraordinaria calidad y hondura de su desempeño.

En tiempos de Martí, la historia cubana que se manejaba era poca y reciente. Para la clase dominante en la fase final del siglo XIX, Cuba debía evolucionar hacia un capitalismo pleno con control autoritario de la fuerza laboral, un régimen de orden con ciudadanía restringida y nexos

económicos íntimos con Estados Unidos. Entonces la conciencia histórica no debería predominar en la isla, sino la atención hacia los hechos inmediatos, los problemas de la economía, ciertas modernizaciones necesarias y un campo cultural español y criollo, en busca del consenso hacia una unificación bajo su hegemonía, en la época posterior a la Revolución del 68 y al final de la esclavitud. Digo “español”, por lo que toca al idioma, la continuidad del ejercicio de la autoridad política y represiva, y la necesidad de mantener una visión colonizada del mundo y de la vida. Y digo “criollo”, porque después de la revolución era necesario darle lugar a una instancia nativa, para una renovación de la construcción social de las razas y el racismo en la nueva situación, para que actuara dentro de un sistema político de alcance muy limitado y para garantizar el ejercicio eficaz de mantener el control del activismo y la protesta sociales. En suma, un campo cultural reformulado de la dominación, en el cual lo español y lo criollo, aunque ya muy diferentes, estarían unidos en la defensa de sus intereses comunes, en la pertenencia al partido del orden y en la atención al peso creciente de los Estados Unidos en los asuntos de Cuba.

Ese tipo de evolución era una posibilidad real en nuestra historia, ya fuera sin autogobierno o con una organización estatal y social poscolonial: ni Cuba, ni ningún país, tienen marcado su destino. Era en el terreno de la batalla por lograr o impedir que cristalizara la nueva hegemonía, y en el de la conducción política, que se decidiría cuánta autodeterminación del país y cuánta redistribución de la riqueza y el poder entre las clases sociales habría en Cuba.

El trabajo ciclópeo emprendido por Martí fue cerrarle el paso a la posibilidad evolutiva que tenía la dominación y organizar una revolución de liberación nacional, capaz de obtener el triunfo frente al colonialismo y frenar el naciente neocolonialismo. Para él, ese evento sólo sería viable, y a la vez deseable y eficaz, si conseguía desatar las fuerzas de las mayorías para que, mediante el fuego destructor y creador de una revolución, se construyeran como pueblo independiente y distinto de todo otro pueblo, amaran el ideal nacional de crear una república democrática y lucharan por él, desarrollaran sus capacidades individuales y colectivas desde sus diversidades sociales, y aprendieran a ejercer la ciudadanía y exigir la

justicia social. El equilibrio de “los elementos reales del país” que ese objetivo implicaba sólo podía venir de una nueva identidad nacional y de un real aumento de la fuerza efectiva de las mayorías, de cerrarle a la burguesía de Cuba la posibilidad de usufructuar para sí la construcción nacional y a Estados Unidos la posibilidad de controlar a Cuba. La república sólo podría ser con todos y para el bien de todos si la mayoría adquiriese peso y grados apreciables de control en ella.

Esta concepción de Martí es lo que condiciona su intensa actividad práctica y los logros de su formidable trabajo intelectual, y es un dato ineludible y central para toda investigación martiana. Me asomaré apenas aquí a un aspecto de ella que, como otros, ofrece conocimientos en sí mismo y claves para entender mejor el conjunto: su visión de la historia.

II.

Entre 1880 y 1895 se ventiló en Cuba una polémica ideológica intensa alrededor de las cuestiones nacional, racial y social. Ellas estuvieron tan íntimamente ligadas que su posterior y persistente segregación durante el siglo XX nos brinda una lección ejemplar acerca de las elecciones que están implicadas en toda asunción histórica, y de la necesidad de investigar los sentidos profundos de cada selección. Estas forman parte de la historia de la Historia, y ofrecen pistas acerca de los enfrentamientos, consensos, negociaciones, victorias y subordinaciones en el seno de una sociedad. Pero vuelvo a mi tema. Martí participó a lo largo de todo aquel debate, y su peso en él fue creciente en los últimos años del período, al convertirse en el líder de un nacionalismo popular que daba continuidad a la tendencia insurreccional y consideraba esencial heredar el ideal del 68, pero desde nuevas posiciones que superaran las insuficiencias y los desaciertos de aquella revolución.

Primero la cuestión del fin de la esclavitud, y enseguida la de las relaciones entre las razas, el racismo y la liberación nacional, son destacadas por Martí en la elaboración de su comprensión de la lucha por la nación como un empeño forzosamente multirracial, tanto en sus vías de acción como en sus metas ulteriores. En textos tempranos como aquel de enero de 1880, en que negros y mulatos todavía son “ellos”, y maneja las

ideas de la culpa blanca y de redención de ella al abrir paso a la libertad de los negros, se le ve ajustar su pensamiento a la práctica política—en la difícil coyuntura de la Guerra Chiquita—, a la vez que inicia un largo camino⁴. Las transformaciones sociales experimentadas por el país en los quince años siguientes, el desarrollo intelectual de su proyecto en los años en que era inviable la insurrección y los enormes éxitos políticos y de prestigio de Martí en los años 90, lo harán más profundo y más libre al tratar esas cuestiones.

Advierto dos líneas de trabajo, muy vinculadas entre sí, en la posición de Martí en cuanto a las construcciones de razas y de nación. Una es la recuperación de la memoria revolucionaria del 68 de tal manera que resalten los sacrificios y heroísmos compartidos en pie de igualdad, y se exalte a la guerra como el vehículo idóneo para acercar a las razas profundamente divididas. Es decir, para darle al no blanco⁵ una dignidad y una conciencia de sí que por otros medios no podría obtener o le llevaría un tiempo muy dilatado y azaroso, y para inducir al que se considera blanco a abandonar o aminorar el racismo que forma una parte importante de su concepción vital. En el plano fundamental que es lo individual, exalta la conducta de los bravos guerreros y los fieles acompañantes no blancos durante la guerra, pero ellos no forman la comparsa habitual de los próceres blancos que adorna otras narraciones patrióticas o progresistas. Alaba la elevación de sí mismos que esas personas humildes han obtenido mediante las prácticas revolucionarias, y saluda la aparición de héroes y personalidades cubanas “de color”.

Martí comprendió que la afirmación de que la abolición de la esclavitud fue una hazaña revolucionaria era un punto principal para la

⁴ “Lectura en Steck Hall”. En José Martí: *Obras Completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-65, t. IV, 183-211 (en adelante *O. C.*)

⁵ “Es decir, los esclavos, patrocinados, ex-esclavos, negros y mulatos libres, y los chinos. Esta es sólo una expresión que emplea el autor para denotar un conjunto significativo, en un tiempo histórico determinado.” (F. Martínez H.: “Nacionalismo, razas y clases en la Revolución del 95 y la Primera República cubana”, en *Ciudadanos en la nación*, Coords. Olga Portuondo Zúñiga y Michael M. P. Zeuske L., Fritz Thyssen Stiftung/Oficina del Conservador de la Ciudad, Santiago de Cuba, 2002, 122, n. 7). Ver un tratamiento conceptual de razas y racismo en F. Martínez H.: “La cuestión racial en Cuba y este número de *Caminos*”, en *Caminos. Revista Cubana de Pensamiento Socioteológico* núm. 24-25, La Habana, 2002, 1-5.

aparición del cubano, más allá de la complejidad de causas que advierte el que analice el proceso de la emancipación⁶. En un país en que los movimientos abolicionistas no tuvieron expresiones sociales importantes, la radicalización de la guerra revolucionaria de 1868-1878 movilizó los esfuerzos y las voluntades en un ejército plurirracial que firmó con sangre la unión entre libertad personal e independencia nacional, popularizó el ideal de la igualdad de los ciudadanos y se apropió del significado político de la abolición de la esclavitud. En el período de 1880-1895, estos temas y otros buscaron en la Historia un campo más para la pugna a través de la cual se dilucidaba cómo sería la asunción nacional de Cuba, cuál sería el contenido de la nación, y por tanto su proyecto, y qué organización política sería su vehículo. Martí fue actor con plena conciencia en esa pugna.

La otra línea que advierto es su concepción antirracista, muy consistente y bien fundamentada. La originalidad y el inmenso alcance de su pensamiento—siempre aceptado, pero no siempre comprendido y utilizado—se hacen obvios en este campo. Martí se opuso abiertamente a las tesis racistas imperantes en esa época en las teorías generales que guiaban las ideas y los estudios europeos sobre la naturaleza humana, los comportamientos y las capacidades individuales, los rasgos principales de los pueblos y naciones, y las virtudes, derechos, deberes y tareas que se les solían asignar. También elaboró una crítica muy profunda y original sobre el significado que se atribuía a las nociones de cultura, progreso y civilización. En esta segunda mitad del siglo XIX, en la que varias ciencias sociales se estaban constituyendo como profesiones, gozaba de una influencia decisiva el racismo “científico”, asistido por el poder inmenso que tenían la idea de ciencia, el evolucionismo y el positivismo. La noción de progreso era profundamente racista en esta etapa del capitalismo. Por otra parte, estaban en curso procesos de unificación de ideas entre las élites intelectuales latinoamericanas y las de Europa y los Estados Unidos, en los que las primeras solían ser subalternas. En el terreno de la difusión de ideas y creencias el colonialismo mental era aún más amplio y descarnado.

Para entender la capacidad de reaccionar contra la corriente

⁶ Ver, por ejemplo, su discurso del 10 de Octubre de 1889, pieza ejemplar de la ofensiva política que le llevara a la fundación del Partido Revolucionario Cubano (*O. C. t. IV*, 233-244)

dominante de este intelectual que poseyó una descomunal formación occidental moderna, es imprescindible tener en cuenta sus veinte años de estudios de Cuba y América desde su tipo de pensamiento de liberación nacional. Sus vivencias y aprendizajes de juventud en Mesoamérica—un área cultural con 2.500 años de historia autóctona y logros extraordinarios de pueblos no europeos—seguramente lo impactaron mucho en su formación, pero sin sus ideas rectoras esa impresión no lo hubiera llevado más lejos que a otros intelectuales que también admiraron las civilizaciones autóctonas americanas. Sin duda fueron muy importantes también los aportes que recibió del México de aquella época, cuyo nivel de luchas y de ideas políticas y sociales era descollante en la América Latina; Martí supo asimilar esos aportes a un grado muy profundo⁷. Por otra parte, él no enunció su posición en libros de científico social, sino en cientos de artículos y discursos de combate ideológico y político. Pero a sus frases famosas—y a otras que lo son menos—sobre las cuestiones raciales y otros asuntos importantes las subtiende toda una rica concepción, que deberá formar parte de la historia de la ciencia social, cuando al fin se logre enfrentar con decisión y efectividad el carácter conservador de influencia avasalladora y el colonialismo mental que hoy la dominan.

La grandeza de Martí, a mi juicio, estuvo en su doble actividad articulada. Por un lado, mantener siempre una posición afincada en su concepción superior, frente a la mezquindad predominante en ese terreno en la política cubana de entreguerras, y superar totalmente el canon biológico para la historia y las ciencias humanas en el momento álgido en que este triunfaba, mediante un criterio cultural que no era meramente inclusivo sino realmente antirracista, inspirado por la idea de liberación nacional con justicia social. Y por otro, sostener una constante campaña de concientización que partía de las realidades materiales y espirituales de su país de esclavitud, castas, racismo, colonialismo y expoliación de pobres y trabajadores, no para comprenderlas y rendirse a ellas, sino para trabajar con ellas, criticarlas, combatirlas siempre que fuera necesario y convocar a

⁷ En sus trabajos de México de 1875-1876 puede advertirse claramente esa benéfica influencia. No me es posible aquí incluir comentarios sobre su posición intelectual en comparación con las de destacados pensadores mexicanos, como serían por ejemplo sus coetáneos Justo Sierra y Emilio Rabasa.

los cubanos a cambiarlas.

No hay razas, concluye el pensador, pero en sus textos los cubanos negros y mulatos existen, son una parte específica de la sociedad, que tiene rasgos particulares además de los decisivos de su condición humana, una parte que ha sido estrujada y negada en la historia de Cuba, que ahora se supera, que confía en su futuro y luchará por la justicia y la libertad. Para ambas tareas le resultan fundamentales la ideología mambisa y la praxis revolucionaria: se trata de lograr una creación por la acción de lo que se está afirmando por las ideas, de que entre iguales por naturaleza y copartícipes disímiles de una cultura sean construidas tanto la nación como nuevas relaciones entre las razas. En estos terrenos, como en otros, la guerra revolucionaria debe ser la preparatoria de la república. La historia concurre al patriotismo plural, y lo fundamenta, pero este no busca en ella el pasado remoto de las culturas concurrentes, sino la fuente de la igualdad en el pasado reciente y en las narraciones heroicas y edificantes⁸.

III

En un plano más general, Martí reivindica una historia propia para Cuba, no española, pero que tampoco sea la narración de un camino que debe llevar hacia la realización de la idea de civilización europea o norteamericana. Hay que construir una historia de orientación anticolonial, que en vez de celebrar a un progreso centrado en la europeización de la población y de la vida política y social, busque sus esencias en lo específico americano y cubano. La clave de la visión de la historia de Martí es su tipo de pensamiento anticolonial, que le ha permitido ser crítico de la conquista y de tres siglos de “vieja” colonización europea, y a la vez—y esto es lo que le confiere una trascendencia decisiva—ser crítico de la modernidad, la ideología de peso y brillo formidables que en nombre del progreso está consumando en lo ideal y espiritual la mundialización del capitalismo, mediante un colonialismo más integral, abarcador y homogeneizador a escala mundial. Apta para servir al colonialismo del Congreso de Berlín, la

⁸ No olvidemos que la obra de Martí fue truncada por la aceleración vertiginosa de su actividad política práctica y por su temprana muerte. Sin duda pretendía analizar los componentes de la nación que trataba de fundar. Su proyecto de libro *La raza negra. Su constitución, corriente y tendencias. Modo de hacerla contribuir al bien común, por el suyo propio*, es un buen ejemplo de ello.

modernidad encontrará un suelo más propicio aún para su desarrollo en el neocolonialismo que vendrá, dándole continuidad a la dominación capitalista al mismo tiempo que renueva la promesa abstracta y general del sistema.

El pensamiento anticolonial de José Martí no sólo logra salvarse de la antinomia “civilización o barbarie”⁹—que alcanzaba entonces su apogeo—sino que sabe situarla dentro de una historia de las ideologías y los intereses humanos. Pero no confunde la exposición y defensa que hace de la especificidad de nuestra América con el aferramiento a una autoctonía abstracta o ilusoria. Martí trata de profundizar en los rasgos reales que tienen los pueblos, ya sean valorados como positivos o negativos, y trata de integrar en el trabajo de creación de los pueblos nuevos que se deben liberar todos los logros que sean convenientes del mismo mundo que está criticando por ser colonizador.

Los temas escogidos, las pautas del análisis y las valoraciones de Martí sobre la historia de América constituyen un aspecto principal de su tesis de la especificidad latinoamericana, y el fundamento más general de que países como Cuba poseen una historia propia. También ilustran claramente su visión de la historia. Forman un amplísimo abanico sus textos sobre temas históricos de la América Latina y el Caribe, de muy diversa factura, propósitos y circunstancias, desde profundos trabajos para niños como los de *La edad de oro* hasta los trabajos que se ocupan expresamente de la dimensión histórica, pero también la utiliza y maneja en sus análisis políticos, económicos, ideológicos, o de relaciones entre naciones. En gracia al tiempo no intentaré situar lo que creo esencial en el estudio de esa parte de su obra¹⁰. En la historia y en las realidades contemporáneas de la América que él bautizó como nuestra, busca Martí los elementos y la legitimidad de su proyecto de liberación cubano y continental, un proyecto tan original como los pueblos que se formaron en el Occidente colonizado, y que resulta demasiado difícil de comprender cuando se intenta medirlo—y al autor, y a su entera concepción—con

⁹ Lo dice, tajante, en *Nuestra América*: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza” (*O. C.*, t. VI, 17)

¹⁰ He hecho un análisis parcial del tema americano y su lugar en la concepción martiana, en “*Nuestra América. Presente y proyecto de la América Latina*”, en *El corrimiento hacia el rojo*, Letras Cubanas, La Habana, 2002, 138-57.

metros y clasificaciones propios de ideologías y teorías europeas que no hayan sido sometidas a una comprensión y utilización anticoloniales. El objetivo de la segunda independencia de nuestra América, proclamado por Martí, no es una frase feliz, es la concreción en consigna de un complejo programa de acción que todavía hoy no se ha llevado a cabo.

La dimensión política, hilo conductor del presente para Martí, está totalmente articulada con la historia y el proyecto. Le llamo a este de “liberación nacional”, para denotar un tipo específico de independentismo que será imprescindible para el anticolonialismo en el siglo XX¹¹, y del cual Martí fue pionero conciente a fines del XIX. La guerra revolucionaria es un componente fundamental de esa liberación nacional, no sólo por acumular fuerzas suficientes fuera de los estrechos marcos coloniales, sino porque su propósito no es simplemente la independencia de un país, sino una verdadera fundación, para la cual son imprescindibles una gran creatividad y profundos cambios individuales y colectivos. Martí lo explica muy expresamente, en textos que deberían formar parte de la ciencia política¹². El grado de conciencia alcanzado y la organización que pretende desplegar son muy superiores a los de la primera revolución cubana; por tanto, existe siempre una tensión entre la continuidad con ella y el nuevo contenido, entre la narración de la gesta que se reivindica como cuna de la nación y se glorifica, y la crítica que se hace de sus hechos y sus limitaciones¹³. La nueva revolución será la praxis creadora de la república nueva, el objetivo superior al que alude Martí, que deberá partir de la especificidad originaria y ser capaz de interesar y movilizar a los elementos reales del país, para que ellos cambien sus vidas y su sociedad.

La materia acumulada—la historia—tiene por consiguiente un lugar en la creación del cubano, pero la nueva nación dependerá sobre todo de la realización del proyecto. El nacionalismo militante martiano revisa y

¹¹ Ver Fernando Martínez: “Colonialismo y cultura nacional”, Congreso Cultural de La Habana, enero de 1968, en *Revolución y Cultura* núm. 6, La Habana, 1968.

¹² Ver, por ej., los importantes artículos “Nuestras ideas” y “La guerra”, de 1892 (*O. C.*, t. I, ps. 315-321 y t. II, 61-63). Ha habido que esperar por Mao, Frantz Fanon, el Ché Guevara, para que este tema principal entrara a formar parte del conocimiento.

¹³ Ver, entre tantos ejemplos, la carta de Martí a Enrique Collazo de 12 de enero de 1892. En *O. C.*, t.I, 288-293.

muestra los testimonios de la formación de la identidad nacional, tanto en sus retratos de próceres como en los de individuos humildes¹⁴, y en las acciones y las representaciones colectivas. Establece la singularidad de lo cubano, canta como nadie la gesta nacional y da un paso decisivo en la identificación de los enemigos de la nación cubana. Martí confía en la densidad de la historia que ya existe, y en la construcción de la historia que la patria necesita. Para él, la historia no es solamente un arma política, es una dimensión de la realidad y, aunque pueda parecer paradójico, una dimensión del proyecto.

¹⁴ Ver un juicio muy profundo de Martí respecto a las relaciones entre las personalidades históricas y los pueblos a los que pertenecen, en “Henry Ward Beecher”, *O. C.*, t. XIII, 32.